

BIBLIOGRAFIA

JAMES H. ROBB, *Man as Infinite Spirit*, The Aquinas Lecture, 1974, Marquette University Publications, Milwaukee, 1974, 8 + 58 pp.

Las *Aquinas Lectures* constituyen siempre un acontecimiento en las novedades del tomismo, aceptando este último término en un sentido amplio. Estas disertaciones tienen siempre amplia repercusión, llegando, en algunos casos, a la notoriedad internacional, como sucediera con *Humanism and Theology* de Werner Jaeger.

La "lectura" de Robb enfoca un tema de permanente interés, como lo es el del conocimiento, pero no mirado desde la perspectiva puramente epistemológica o gnoseológica, sino en cuanto realización ontológica del ser humano. En seis densos párrafos desarrolla su afirmación de que, para Sto. Tomás, el espíritu humano es infinito, fundado en la concepción tomista del conocimiento. A partir de un claro planteamiento del problema, en el primer apartado, el autor presenta sus puntos de vista sobre el entendimiento agente (apartado II), el espíritu en cuanto espíritu (apartado III), el espíritu en cuanto finito (apartado IV), y el espíritu en cuanto infinito (apartado V), para llegar a su propia conclusión (apartado VI).

El esquema de su desarrollo podría sintetizarse así: El entendimiento humano, en sus dos aspectos, agente y posible, es individual. Pero el entendimiento es, por definición, capaz de conocer todas las cosas, por lo cual el entendimiento agente, que es quien hace actual todo lo inteligible, es, de alguna manera, todo lo inteligible en acto. En este sentido es, en acto, *quodammodo omnia*. Ahora bien, según Sto. Tomás: 1) todo ente intelectual es inmaterial; 2) según los diversos grados de inmaterialidad, hay distintos modos de conocimiento; 3) los grados de conocimiento y cognoscibilidad corresponden a los modos de separación de la materia; 4) el ser inteligible, que es el objeto de todo entendimiento, es infinito, y el infinito no es una simple suma de elementos finitos. Pero, todo conocimiento se da por conformidad entre cognoscente y conocido, por lo cual: a) un entendimiento puede conocer su objeto adecuadamente, sólo si posee en sí la semejanza de todos los seres y de todas las diferencias y especies de ser; b) tal semejanza no puede ser más que una naturaleza infinita, un principio universal de todos los seres, y de la potencia productora de todos los seres, esto es, Dios. Por consiguiente, una naturaleza intelectual creada necesita una semejanza adicional, además de su propia naturaleza, para alcanzar la universalidad del ser. O sea que, aun cuando haya un único fin para todos los seres intelectuales, hay grados de entendimiento, grados de intelectualidad,

grados de inmaterialidad. En el hombre, ser compuesto, el conocimiento es una actividad compuesta. Pensamos, no con nuestra imaginación, sino en nuestra imaginación. Por otra parte, el entendimiento agente es virtual o eminentemente una semejanza de todas las cosas, y necesita ayuda para serlo determinada. En el entendimiento humano no hay nada más que el entendimiento. Cuando el entendimiento agente saca el sentido inteligible de lo dado sensiblemente, y produce un acto de intelección, lo único que se añade al entendimiento son sus propios actos. Lo único que proviene de las cosas es la especificación de estos actos. El hombre no conoce adecuadamente por su sólo entendimiento, ni por sus solos sentidos. El hombre, en su encarnación, esto es, en su finitud, es un ser totalmente espiritual. Hay tres razones fundamentales por las que Sto. Tomás determina la finitud del hombre: 1) por su existencia como creatura, el acto existencial está, en el hombre limitado doblemente, por su esencia y por la materia; 2) por su operación cognoscente, es especial si se la refiere a la comprensión de Dios; 3) por su fin proporcionado, que es la aprehensión del ser, no tal cual se da en su situación presente, verificado en los seres de los que tenemos experiencia, sino como ser sin calificativos, que el hombre no alcanza por la mera abstracción intelectual a partir del fantasma. Es decir, según lo anterior, que para Sto. Tomás estamos abiertos a la totalidad del ser, al infinito que son Dios y el ser. Partimos de una infinita potencialidad, pero estamos ordenados a una infinita actualización; nuestra finitud indica sólo el modo en que avanzamos a nuestro fin. Estamos abiertos a la totalidad del ser; estamos hechos para lo infinito; estamos ordenados a la plenitud de Dios; pero no lo podemos obtener intensiva, comprehensiva, perfectamente, ni con total claridad.

Una obra fecunda y de grata lectura.

OMAR ARGERAMI

Patristica et Mediaevalia, Centro de Estudios de Filosofía Medieval, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires, Volumen I, Buenos Aires, 1976, 144 p.

El hecho de que en una nación sin Edad Media, como la nuestra, se realicen estudios medievales, puede parecer un refinamiento sin sentido. Pero quienes se escandalicen de este hecho o bien demuestran acabadamente su ignorancia o están apresados por una mentalidad oscuramente utilitaria. La cultura no es el fruto espontáneo de una conyuntura histórica, sino una hazaña de siglos de reflexión y de trabajo colectivo. Y no es un lujo prescindible, sino la justificación misma de nuestra existencia de seres racionales. Para quienes están afincados en la tierra firme de la realidad, la aparición de este volumen de trabajos de investigación medieval es uno de los signos más auspiciosos que podrían darse para indicar que en nuestra patria las cosas se toman con seriedad y que hay gente que comprende que para encontrar nuestro ser nacional se debe, ante todo, abreviar en las fuentes más auténticas y profundas de nuestra cultura.

El *Centro de Estudios de Filosofía Medieval* ha realizado una labor paciente y callada en el marco de una Facultad estatal sometida a los vaivenes de los intereses políticos de turno. Ha logrado formar un núcleo de investigadores meritorios que sondea, con rigurosa metodología científica y en contacto con los más importantes centros similares europeos y americanos, las ineludibles raíces de nuestro modo de pensar y de ser. Sólo se podrá comprender el mérito de su